

nos violencia los años siguientes (1). Si se nos permite añadir un documento más a los muchos que se conocen sobre esta catástrofe, diremos que nuestras cartas anuas de 1600, escritas en el Perú con los datos enviados de Chile por nuestros Padres, indican con bastante claridad lo terrible de aquel golpe.

«Tiene este reino, dicen, doce ciudades que van hacia el Estrecho de Magallanes subiendo por la costa de la mar, que son las siguientes: Coquimbo, Santiago, Concepción, Chillán, Millapoa, Arauco, Angol, Imperial, Villarrica, Valdivia, Osorno, Chiloé. En matando al gobernador se despobló Millapoa, que era la que había enfrenado a los indios de guerra, y de esta despoblación resultó cargar la guerra sobre Chillán, Angol y Concepción, con grande rigor y fuerza. Quemaron los indios la ciudad de Angol de todo punto, y sólo quedó un fuerte bien flaco, en que quedaron cien hombres con las mujeres y religiosos. Después quemaron a Chillán y sólo quedó por quemar el convento de San Francisco. Mataron mucha gente, lleváronse cincuenta y ocho mujeres, después quemaron el convento de San Francisco; de suerte que ya no hay Chillán, sino un corral donde están fortalecidos ciento y cincuenta hombres con algunas mujeres, y éstos han sido cercados de ocho mil indios con mucho peligro varias veces. La ciudad de la Imperial estuvo cercada más de un año, con cruelísima hambre.» Parecida suerte hubieron de sufrir, según dicen estas anuas, las otras ciudades meridionales de Chile. Hasta intentaron los indios sublevar a los que había en Santiago y Coquimbo, pero habiéndolo sentido los españoles, sorprendieron a los cabezas de la conjuración y no hubo en estas ciudades movimiento ninguno. Al fin dicen estas anuas que «de doce ciudades que hay en Chile, las ocho están quemadas y acabadas y sólo han quedado cuatro, que son la Concepción, Arauco, Santiago y Coquimbo, porque de Osorno no se tienen nuevas mucho tiempo ha y se teme que ha corrido por ella algún lastimoso suceso» (2).

(1) Sobre esta sublevación de los araucanos existen importantes documentos en Sevilla, Arch. de Indias, 2-4-2/6. En este legajo pueden leerse la carta de la ciudad de Santiago, 9 de Enero de 1599, avisando al Rey de la muerte del Gobernador Loyola, varias peticiones de socorro, relaciones del Gobernador Quiñones, de Alonso de Ribera, de algunos religiosos, etc. También debe consultarse la *Información del estado en que está la tierra y reino de Chile*, hecha en Santiago el 23 de Agosto de 1600. Entre las personas interrogadas figuran el P. Valdivia y el P. Gabriel de Vega. Después viene en el mismo legajo otra información más extensa, tomada por el Gobernador García Ramón en el mes de Octubre de 1600.

(2) *Peruana. Litt., ann. 1600.*

En medio de esta tribulación tan extraordinaria, dicho se está que los Padres de la Compañía establecidos en Santiago hicieron cuanto buenamente podían por consolar a los españoles y por animarlos a sufrir cristianamente tan terribles trabajos y a implorar el favor divino, para que no se acabase de perder todo el dominio español en tan hermoso país. Como suele suceder en tempestades y graves desgracias, muchos pecadores, sin necesidad de otro sermón, entraron dentro de sí y venían a confesarse con los jesuitas para arrepentirse de su pasado y mudar de vida. Como la misma ciudad lo escribió poco después al Provincial del Perú, «grande ha sido el consuelo que en estos trabajos de este miserable reino hemos tenido en esta ciudad con el P. Rector y demás de su santa Compañía, consolándonos espiritualmente con sus buenas razones y santa doctrina, y ha sido gran parte para llevar este castigo del Señor con más alivio y suavidad» (1).

Debiendo celebrarse en 1600 la congregación provincial, llamó el P. Cabredo a Lima, naturalmente, al Rector del colegio de Santiago. Mucho resistieron los ciudadanos a esta salida, y escribieron la carta de la que hemos copiado las frases anteriores, suplicando que no se sacase de Chile á quien tanto consolaba la ciudad en medio de sus aflicciones. A pesar de esta resistencia quiso el P. Valdivia cumplir con lo mandado, y salió de Santiago para embarcarse con dirección al Perú. Pero habiéndose retrasado la salida del navío, juzgó prudentemente que ya no podía llegar para el tiempo en que estaba convocada la congregación. Por eso, renunciando al viaje, volvió a la capital y fué recibido por los ciudadanos con extraordinarias muestras de agradecimiento.

4. No tengo noticias particulares del año siguiente, y solamente nos dicen las anuas de 1602 que en el colegio de Chile se continuaron habitualmente los ministerios establecidos, sin que se interrumpiesen por la inquietud de los tiempos ni las clases de gramática y filosofía que se habían abierto, ni el trabajo de los sermones ni los catecismos a indios y negros. A principios de 1602 creyó oportuno el P. Cabredo relevar de su oficio de rector al P. Valdivia y llamarlo al Perú. La razón de esta mudanza nos la explica el P. Esteban Páez, visitador, en una carta que escribió poco después al P. Claudio Aquaviva. Refiriendo el estado del colegio de Santiago, decía que el ante-

(1) Texto incluido en las anuas de 1600.



rior rector, aunque hombre de mucha religión, estaba sujeto á grandes melancolías, por lo cual habían padecido muchas amarguras sus súbditos del colegio. El P. Frías Herrán las iba suavizando poco a poco y alentando a todos a trabajar en los ministerios apostólicos (1).

Pocos días después de haberse embarcado el P. Valdivia para el Perú, llegó a Chile el P. Esteban Páez (2), deseando consolar a los pobres jesuitas de aquel colegio, que se miraban como desterrados. «Según me escriben, dice Páez, está muy necesitado el colegio de consuelo y de visita, no obstante que le había enviado rector nuevo, y como nunca han visto provincial ni otro superior los que en él viven, paréceles que están olvidados y como miembros cortados, y así es necesario que el P. Provincial ó yo le visitemos» (3). Efectivamente, el 14 de Febrero de 1602 se hizo a la vela en el Callao el P. Esteban Páez y se encaminó a Chile. Treinta y tres días duró la navegación y tomó tierra ochenta leguas más al Sur de la ciudad de Santiago. Cuando después llegó a la capital, quedó el Visitador gratamente sorprendido por la magnificencia de aquel valle de Santiago de Chile, que, como él mismo dice, «en cielo y en suelo es como un paraíso, y la mejor tierra y la más abundante y saludable que hay por acá» (4). Examinando las cosas del colegio, quedó sumamente consolado por la grande aceptación y estima que todos los ciudadanos tenían de los jesuitas. «Los Nuestros, dice Páez, están en el colegio muy recibidos y estimados y hacen notable provecho, así en los españoles como en los naturales y negros, pues se han aplicado muy de veras a saber su lengua, y acuden con particular fervor al bien de las almas en todo género de ministerios, habiendo entablado muy buenas congregaciones de estudiantes y seculares, a las cuales

(1) *Peruana. Hist.*, I, n. 86. Páez a Aquaviva. Lima, 1 Diciembre 1602. El P. Enrich (l. I, c. 10), después de confesar que es para él un misterio el viaje del P. Valdivia al Perú, aduce varias conjeturas honrosas al P. Valdivia para explicar este hecho. No son necesarias conjeturas. Bien claro dice el P. Páez en esta carta y en otra suya, que se envió nuevo rector, porque los jesuitas de Chile estaban desconsolados con las melancolías del P. Valdivia.

(2) *Ibid.*, n. 81. Frías Herrán a Aquaviva. Santiago de Chile, 26 Setiembre 1602. Supone el P. Enrich (l. I, c. 10, n. 23) que este Padre llegó con el Visitador. Ya había venido algún tiempo antes, como él mismo lo dice en esta carta, y se había ido al Perú el P. Valdivia.

(3) *Peruana. Hist.*, I, n. 50. Páez a Aquaviva. Quito, 5 Setiembre 1601.

(4) *Ibid.*, n. 87. Páez a Aquaviva. Lima, 2 Diciembre 1602. Es una extensa carta en la que da cuenta de la visita hecha al colegio de Chile. De ella tomamos las noticias que siguen sobre este hecho.

acuden toda la nobleza de aquella ciudad con gran concurso y devoción. Finalmente, para llevar tan grandes trabajos como tienen los de aquel reino, tienen por particular merced de Nuestro Señor haber enviado en este tiempo la Compañía, y de ella publican tantas alabanzas, que no se pueden oír sin confusión nuestra.»

Como supondrá el lector, lo primero que examinó con toda atención el P. Visitador, fué la vida espiritual é interna del colegio, y quedó muy contento del buen espíritu que reinaba entre aquellos jesuitas. «En lo espiritual, escribe el P. Páez, tengo contento de la gente de aquel colegio, porque a una mano son todos muy siervos de Dios y verdaderos hijos de la Compañía. Verdad es que como están tan a trasmano, y en tanto tiempo no han sido visitados y de recudida les alcanzan las aficciones del reino, han vivido algunos de ellos con desconsuelo. Pero esto se ha mejorado de dos años a esta parte con el nuevo rector, que es el P. Juan de Frías, que como entró de refresco acertó a alentar a los súbditos.»

Además de la vida interior examinó el P. Páez los negocios apostólicos, escolares y económicos, que, naturalmente, se debían ordenar en el colegio. Brevemente lo explica el P. Frías Herrán escribiendo meses después al P. Aquaviva. «De mucha importancia, dice, ha sido esta visita del P. Páez, por ser la primera y en reino tan apartado y desencuadrado, para dar asiento a muchas cosas e informar de ellas a V. P. con más certidumbre y claridad, como fué el ver si convenía que V. P. perpetuase aquí la Compañía, en que había varias razones en pro y en contra, y consiguientemente si se aceptaría éste por colegio y por fundadores dél a los que le dotaron. Y ansimismo en materia de indios que tiene este colegio por servicio personal como se acostumbra acá. Se trató acerca de sus matrimonios, bautismos, entierros, cura, medicinas, pagos, jornales, corrección, habitación, tratamiento, así con ellos como con sus mujeres e hijos y otras cosas semejantes, que como usos nuevos de este reino, no dejan de tener muchas dificultades. También en lo tocante a ministerios así con españoles como con indios y negros, misiones y estudios, se dió orden bueno y no menos del doméstico, así espiritual de los nuestros como temporal de edificios y haciendas, como V. P. más largamente lo verá por la visita que se enviará y relación del P. Visitador, el que nos dejó a todos muy consolados y satisfechos» (1).

(1) *Peruana. Hist.*, I, n. 81. Frías Herrán a Aquaviva. Santiago de Chile, 26 Setiembre 1602.



Efectivamente, después de discutir con detención sobre la conveniencia de perpetuar aquel colegio y perseverar en los trabajos apostólicos emprendidos, propuso el P. Páez a nuestro General, que reconociese como fundador al Sr. D. Juan de Torquemada, porque su compañero Agustín Briceño había ya muerto, y que se concediesen al colegio de Chile todas las condiciones que tenían los colegios de la Compañía. También indicó él, y con más claridad el P. Frías Herrán, las dificultades que se ofrecían en sostener aquel colegio, por las difícilísimas comunicaciones que tenía con el Perú. Es necesario, según el P. Frías, que se envíen de España sujetos decididos a perpetuarse en Chile, porque se observa que los Padres del Perú muestran poca inclinación a esta tierra, porque les parece una especie de desierto, por lo muy separada que está de lo restante de la provincia. Ya que el Provincial del Perú no podrá visitar personalmente lo de Chile, pues equivaldría a dejar desamparada su provincia durante varios meses, debería enviar otra persona para que, en nombre suyo, les visitase. Los Superiores no deberán durar más de tres años, porque además de que se cansan y agotan con el gran trabajo en aquella tierra, si los súbditos no congenian con el Rector, como no ven ni pueden ver al Provincial, no tendrían alivio alguno ni consuelo en sus trabajos. Debe, pues, concedérseles la mudanza del Superior (1). Terminada felizmente esta visita, pensaba el P. Páez volverse luego al Perú, pero hubo de esperar seis meses, porque no salía ningún navío en aquel tiempo, y sólo por Noviembre del mismo año 1602 pudo entrar de nuevo en Lima.

5. La misión de Chile continuó animosamente después de la visita del P. Páez, reforzada con algunos sujetos que se le enviaron del Perú, ejercitando los mismos ministerios, ya de enseñanza en el colegio de Santiago, ya de misiones por los campos entre indios convertidos. También estos años desempeñaron habitualmente el cargo que podríamos llamar de capellanes de Ejército. Cuando salía algún cuerpo de españoles a la frontera de enemigos, era bastante ordinario que le acompañase algún Padre de la Compañía para predicar y confesar a los soldados y para hacer todo el bien que pudiesen, así entre los indios amigos y reducidos, como entre los infieles que pudiesen haber a las manos y convertir a nuestra santa fe. Tres años después volvió de Lima a Chile el P. Luis de Valdivia. Mientras se

(1) *Peruana. Hist.*, I, n. 81. Frías Herrán a Aquaviva. Santiago de Chile, 26 Setiembre 1602.

detuvo en la capital del Perú había conferenciado largamente con el Virrey y las personas principales, exponiendo las causas de la guerra de Chile. Éstas eran, según él, ante todo las vejaciones sin cuento que padecían los indios en el servicio personal, que se les hacía intolerable a los araucanos, y les incitaba más que otra cosa ninguna a resistir pertinazmente a la dominación española. Era necesario deshacer aquellos agravios, que clamaban al cielo y nos hacían odiosos a los indígenas. Si les persuadiesen a éstos que no padecerían aquella servidumbre, que podrían vivir en paz y practicar la religión cristiana, sin estar sujetos a los insultos y violencias que solían cometer nuestros soldados, era muy de esperar que abriesen los ojos a la luz y se reconciasen aquellos bárbaros, primero con el Evangelio, y después con la nación española (1). Tanto esforzaba estas razones, que en el año 1605, cuando debía partir de Lima García Ramón, nombrado Gobernador de Chile, pidió el Virrey a nuestro Provincial que mandase con él al P. Valdivia para que sirviese como de medianero pacífico entre el Gobernador y los araucanos. Embarcóse, en efecto, el 1.º de Febrero de 1605 con García Ramón, y el 19 de Marzo desembarcaron ambos en Penco. Allí tomó posesión de su mando el nuevo Gobernador, y el P. Valdivia empezó sin demora a predicar a los españoles e indios de la ciudad y a ejercitar los ministerios apostólicos como solía siempre.

El Gobernador anunció a los araucanos que venía con intención de paz, y se mostró dispuesto a entrar en conciertos con ellos. No se fiaban del Gobernador los indios, como en general de los capitanes y soldados españoles; pero el P. Valdivia, entrando a discurrir con ellos, fué disponiendo los ánimos con suavidad para la paz. Los indios reducidos le recibían con grandísimas demostraciones de amor; en todas partes acudían en torno del Padre, y él, predicando la fe, confesaba a los ya bautizados y administró el bautismo a una multitud de párvulos y a no pocos adultos, entre los cuales se contaban algunos ancianos que pronto pasaron a la otra vida.

Gustará el lector de conocer el ilustre testimonio que dió el Gobernador García Ramón del celo del P. Valdivia. Escribiendo al

(1) *Chilensis. Hist.*, I, n. 2. Es un escrito bastante largo, dirigido al Virrey del Perú, y fechado en Lima, 4 de Diciembre de 1604. Lleva este título: *Relación que hizo el Padre Luis de Valdivia, lector de theologia del collegio de Lima, por orden de sus superiores, y de los Sres. Virreyes Don Luis de Velasco y Conde de Monte-Rey, su sucesor, sobre agravios que reciben los indios de paz que ay en Chile, probando ser medio unico para acabar presto la guerra el poner los indios de paz sin agravios.*



Rey el 5 de Abril de 1605, dice: «Por orden del dicho Conde [de Monterrey], aunque a pedimento mío, andan en mi Compañía el P. Luis de Valdivia, hermano de Alonso Núñez de Valdivia, criado de Vuestra Majestad, y otro compañero, religiosos del Nombre de Jesús, los cuales, por su grande vida y ejemplo, hacen grandísimo fruto, así en los españoles como en los naturales, los cuales les oyen con grandísimo gusto y atención; respecto de lo cual he pedido al Conde de Monterrey procure con la Compañía, hagan en este estado de Arauco una casa de residencia, de la cual tengan a su cargo el doctrinar y catequizar esta gente, siquiera por estos primeros seis años. Tengo por sin duda el Conde acudirá a ello con gran voluntad, y para que con mayor haga la Compañía esta misión, importará mucho Vuestra Majestad lo mande, y así lo suplico» (1). En cuatro meses, según el mismo Valdivia escribió al Rey, bautizó unos cinco mil indios. Dirigióse de allí a Paicavi, en cuyos contornos vivían cuatrocientos indios, no todos reducidos a la amistad con los españoles. Aquí también el P. Valdivia procuró suavizar las asperezas y preparar los ánimos para una sincera reconciliación. De esta manera fué recorriendo el misionero, no solamente los puestos ocupados por españoles, sino también se internó en tierras de enemigos, exponiéndose algunas veces a graves peligros de la vida (2).

El mismo, en una relación que nos ha copiado el P. Lozano (3), describe algunas conferencias que tuvo con los capitanes araucanos. Ellos manifestaban cierto desenfado rudo, pero franco, y exponían algunas dificultades, groseras cuanto se quiera, pero que hacían impresión en aquellas mentes incultas. El Padre les oía con mucha paciencia, les demostraba lo absurdo de algunas de sus ideas; y aunque no logró persuadirles todas las verdades de la religión, pero por lo menos hizo que aceptasen algunas ideas fundamentales sobre Dios y la necesidad de servirle, y que reconociesen ser malos y pecaminosos ciertos excesos a que ellos estaban demasiado acostumbrados. Cerca de un año duró esta excursión del P. Valdivia en las regiones meridionales de Chile. Mientras el Gobernador negociaba, digámoslo así, pública y políticamente con los araucanos, el P. Valdivia

(1) Sevilla, Arch. de Indias, 2-4-2/6, n. 48.

(2) El mismo Valdivia refiere todos los pormenores de esta excursión en una carta al Conde de Lemos, fecha en Lima a 4 de Enero de 1607. Ha sido publicada por José Toribio Medina en la *Biblioteca hispano-chilena*, t. II, pág. 49.

(3) Véase Lozano, l. III, c. 12. No es relación completa, sino un fragmento bastante extenso, del cual no hemos visto otro ejemplar.

les persuadía con suavidad, como convenía a un predicador apostólico.

Ocurrieron incidentes peligrosos en este tiempo. Por imprudencias de unos, por arrebatada cólera de otros, estuvo muchas veces en peligro el P. Valdivia de ser sacrificado a la crueldad de aquellos enemigos; pero al fin Dios le preservó. Cuando a fines de Diciembre de 1605 se acercó el ejército español a la tierra de los enemigos, y empezó con proposiciones de paz, pero con aire de amenazar guerra, el P. Valdivia acompañó también a este ejército e interpuso su autoridad cuanto pudo, aunque no pudo mucho, para amansar la ferocidad de los araucanos. Merece referirse la respuesta que, según cuenta él mismo, dió uno de aquellos bárbaros al Gobernador español y al mismo Valdivia, que le hacían proposiciones de paz: «Habiéndole dicho García Ramón que cuando estaban de paz tenían muchos ganados y ropa, dijo, que la libertad sobre todo, y acudiéndole yo con las cartas de Su Majestad, dijo en lengua española: «El Rey muy bueno» es y muy bien manda y ordena, pero vosotros, sus capitanes y gobernadores, no cumplís cosa y no hay justicia para los indios.» Y con esto se levantó para irse; y diciéndole el Gobernador que, con aquel ejército de setecientos hombres les haría sujetarse, respondió él: «Para esto están ahí nueve mil indios, que si hacéis dos campos, »haremos nosotros tres»; y a mí me dijo a solas: «Padre, obrad y no »parléis; cumplid con lo que decís, que lo veamos, que no es tiempo »de creer lo que se oye, sino lo que se ve, después de tantos años »como servimos» (1). Hubiera deseado el P. Valdivia pasar más adelante en sus pacíficas negociaciones; pero viendo la tirantez en que se hallaban los ánimos, y puestos, como quien dice, frente a frente los ejércitos de una y otra parte, juzgó que ya no podía hacer más y pidió volverse al Perú. Los Superiores se lo concedieron sin dificultad, y por Junio de 1606 llegaba de nuevo en Lima, donde, como él mismo dice, halló muerto al Conde de Monterrey (2).

En este mismo año visitó segunda vez el colegio de Chile el P. Esteban Páez, que había sucedido al P. Cabredo en el provincialato del Perú. No se cuenta cosa particular de esta segunda visita si no fué la mudanza de algunos sujetos, como por ejemplo, del Rector, porque llevándose al Perú al P. Frías Herrán, dejó en su lugar al

(1) Valdivia en la carta al Conde de Lemos, citada más arriba.

(2) *Ibid.* El P. Enrich supone (l. I, c. 13) que aun vivía el Virrey, y que le dió cuenta de su excursión a Chile. Es error, como se ve por la carta de Valdivia.